

SINTAXIS Y COMPROMISO SOCIAL. EL CASO DE “LA REBELIÓN DE LAS RATAS”

SYNTAX AND SOCIAL COMMITMENT. THE CASE OF “THE RISE OF THE RATS”

BLANCA MARCELA QUINTERO GONZÁLEZ¹

Recibido enero 16 de 2017
Aceptado febrero 19 de 2017

RESUMEN

El presente artículo plantea un acercamiento a la novela *La Rebelión de las Ratas*, de Fernando Soto Aparicio, con el ánimo de mostrar cómo en ella se tematiza la sociedad injusta y excluyente que produce el fenómeno de la industrialización; para ello se hace un análisis sintáctico de la obra a partir de la forma cómo se presentan los acontecimientos en torno a su protagonista, Rudecindo Cristancho, personaje que permite hilar los hechos y comprender el contexto social en el que se desenvuelve la trama de la novela. Al final se propone ver en esta obra un ejercicio de denuncia social.

PALABRAS CLAVE:

Análisis literario; capitalismo; novela; literatura latinoamericana

¹ Licenciada en Filosofía. Magíster en Humanidades de la Universidad Católica de Oriente, Rionegro. Docente de educación media. Este artículo es producto de la línea de investigación: Filosofía y Literatura del Grupo de investigación Humanitas, Universidad Católica de Oriente. Correo electrónico: maquigo07@yahoo.es

ABSTRACT

This paper presents an approach to the novel *The Rise of the rats* (*La Rebelión de las Ratas*), by Fernando Soto Aparicio, with the purpose to show how this novel portrays an unfair and exclusionary society, as a result of the phenomenon of industrialization; for this, a syntactic analysis is done of the work from the way events are presented around the protagonist, Rudecindo Cristancho, a character who allows us to spin the facts and understand the social context in which the plot of the novel unfolds. At the end, it is proposed to see in this work an exercise of social criticism.

KEYWORDS:

Literary analysis; capitalism; novel; Latin American Literature.

INTRODUCCIÓN

En la novela latinoamericana, el tema de la denuncia social y las situaciones de desigualdad han sido un referente constante. En el contexto colombiano, una de las creaciones más representativas de esta preocupación la constituye la novela *La Rebelión de las Ratas*, de 1962, obra del escritor boyacense Fernando Soto Aparicio. Es de esta novela de la que nos ocuparemos porque vemos en ella un esfuerzo por sacar a la luz, en la década de los sesenta, las bases de un sistema excluyente que pone los intereses económicos de una minoría dominante por encima de la dignidad de cientos de hombres y mujeres que tienen que someterse a la humillación y la explotación laboral, al no poseer medios más dignos para sobrellevar su existencia.

En *La Rebelión de las Ratas*, es nuestra hipótesis, el narrador en la figura del protagonista, Rudecindo Cristancho, hace una denuncia de la situación del hombre contemporáneo, quien, agobiado por un sistema capitalista cada vez más inequitativo y cuyos fines hacen del hombre nada más que un instrumento, se sume en una profunda crisis al ver cómo la sociedad de la que hace parte, y las instituciones llamadas a ofrecerle una base y refugio (la Iglesia, el Estado, la Escuela), no son más que instrumentos que buscan mantener un *statu quo* en el que unos pocos logran gozar de riquezas y privilegios a costa del desamparo al que se somete a las capas más vulnerables y desposeídas de la población, quienes se ven con frecuencia en situaciones de hambre y abandono.

Tal idea posee en nuestro autor un alcance mucho más amplio que el de la simple narración de los acontecimientos en un pueblo imaginario; la obra, y en general las obras de Soto Aparicio, trascienden las fronteras de un contexto cerrado y nos ponen de frente con la historia de un hombre universal, que sin importar su nacionalidad mantiene el anhelo constante de ver reivindicada su dignidad; la observación de Gustavo Páez Escobar es ilustrativa a este respecto:

La lente de retratista de los tiempos que hay en Fernando Soto Aparicio ha escudriñado los recovecos del alma para mostrar en su desnudez la tragedia del hombre, con sus vicios y virtudes, sus clamores y sus deseos de redención. Su intención, que va más lejos de los linderos de la patria, descubre al hombre latinoamericano, un segmento de idénticas dimensiones, también pisoteado y también desconocido. Dondequiera que esté el hombre, y bajo cualesquier circunstancias, allí se siente la voz de este escritor que entiende la literatura como combate, más que como simple juego retórico. (Páez, 2011, pág. 1).

La literatura para Fernando Soto Aparicio es pues un esfuerzo comprometido con las causas sociales; de hecho, la escritora Beatriz Espinosa Ramírez lo definió "como el novelista más consagrado y el más identificado con la causa del hombre latinoamericano" (citada en Páez, 2015, pág. 1). En efecto, *La Rebelión de las Ratas* pone de manifiesto la importancia de la comunidad en la vida del ser humano, ya que este no puede bastarse a sí

mismo de manera independiente, sino que requiere el acompañamiento y la solidaridad de los que viven a su lado; una ayuda mutua que fortalece lazos de unión y posibilita el surgimiento de una sociedad más justa, en la que todos gocen de los beneficios conseguidos. El individualismo, por el contrario, divide, aislando a los habitantes de un país o miembros de cualquier tipo de comunidad humana; pero a medida que se posibilita que el ser humano se sienta parte importante de un todo, a partir de la toma de conciencia de sí mismo y su responsabilidad para con los otros, se cumple con una de las condiciones fundamentales para que la sociedad pueda reducir situaciones de desigualdad y exclusión, como las que la novela denuncia. Así, “las novelas de Fernando Soto Aparicio son, sin duda, viajes hacia el mundo, hacia el otro y hacia el más allá, paraíso perdido por la humanidad desde el primer día de la existencia” (Espinosa, 1987, pág. 66).

El hombre y su dignidad se erigen de esta manera en el centro de reflexión de la novela, para recordarnos, que aunque nuestra historia nos moldea, no es camisa de fuerza sino una continua remembranza de la esperanza de redención a través de la memoria, como poéticamente lo expresa el mismo Soto Aparicio:

Dentro de las cosas inherentes al hombre, como la duda, la angustia, la finitud; como su propensión a aceptarle las mentiras a la esperanza y los espejismos a la felicidad; como su tendencia para la imaginación y para los sueños; y como su inevitable inclinación a la incertidumbre y al sufrimiento, la memoria es inalterable, auténtica, íntegra. Por eso podemos decir sin temor a equivocarnos, que la memoria es el hombre. Y que el hombre tiene importancia, proyección, futuro y permanencia pese a su transitoriedad individual, gracias a su cercanía con la memoria. (Soto, 2008, pág. 189)²

² Es importante, en el marco de esta investigación, mencionar que pese a su gran producción literaria, el escritor Fernando Soto Aparicio, no ha sido lo suficientemente estudiado en nuestro país y que la novela *La Rebelión de las Ratas*, que constituye nuestra fuente primaria de investigación, aunque muy conocida por las lecturas que de ella se hacen en la educación secundaria, poco ha permeado las reflexiones académicas. Este artículo es pues la oportunidad de analizar una obra literaria que nos confronta con la historia de nuestros pueblos y nos enfrenta con la cruda realidad de lo que sucede cuando se desplaza al hombre y en su lugar se erige el poder y el dinero, como es típico caso en el capitalismo.

La novela, y el drama que ella narra, es la expresión de lo que señala Zygmunt Bauman en los siguientes términos:

A la larga se ha hecho evidente que una dimensión de la expansión occidental a nivel planetario, la más espectacular y, a la vez, la de mayores consecuencias, ha sido la lenta pero implacable globalización de la producción de desecho humano, o, para mayor precisión de "desechos humanos": humanos que ya no son necesarios para completar el ciclo económico, y que por tanto resultan imposibles de alojar en un marco social que haga eco de la economía capitalista. (Bauman, 2007, pág. 91).

Ahora bien, nos acercaremos a la novela haciendo uso del método de análisis sintáctico, propuesto por la autora María del Carmen Bobes, porque consideramos que sirve como punto de partida para deducir la historia, a la que se llega interpretando los indicios temporales, y espaciales, la trayectoria vital de los personajes y la lógica de las acciones que permite situarlos en un orden cronológico, que es nuestro propósito (Bobes, 1998). Este método precisa los elementos organizadores de la novela, para ello las categorías a considerar son acciones (situaciones), personajes, tiempos y espacios. La intención es que al final podamos tener una perspectiva holística de la obra.

CATEGORÍAS SINTÁCTICAS DE LA NOVELA: CRONOTOPO, PERSONAJES Y ACCIONES

En su obra *La Novela. Teoría de la literatura y literatura comparada*, la filóloga María del Carmen Bobes ilustra las categorías sintácticas de la novela, que servirán para orientar el análisis sintáctico de *La Rebelión de las Ratas*. Bobes, en la obra mencionada, expone que para dicho análisis:

Reconocemos cuatro tipos de categorías sintácticas textuales: acciones (situaciones), personajes, tiempos y espacios. Las cuatro se encuentran en todas las novelas, en un equilibrio que puede romperse para hacer elemento dominante de la narración una de ellas, y así se habla de novela de acciones, de novela de personajes, de novela espacial y de novela temporal. (Bobes, 1998, pág. 141).

En nuestro caso, podemos definir *La Rebelión de las Ratas* como una novela de personajes: el narrador construye toda la trama a partir de las visiones que estos poseen del mundo, su modo de relacionarse con los otros y con el ambiente circundante que los permea y los empuja a comportarse de determinada manera. A lo largo de la historia nos encontramos con personajes que nos permiten vislumbrar el tipo de sociedad en la que se desenvuelven, tropezamos con ideas de género, Iglesia, Estado, familia, explotación, prostitución y deshumanización, encarnadas en personajes concretos que establecen relaciones a partir del papel que desempeñan en el espacio específico en el que les tocó vivir.

En el caso de Rudecindo Cristancho, se nos presenta como uno de los tantos hombres sometidos a la explotación a raíz de su condición de pobreza, que le ha impedido el acceso a la educación y por tanto se le han negado unas mejores condiciones de vida; Pastora encarna la mujer abnegada que se dedica con esmero al cuidado de sus hijos, acompañando a su esposo y soportando con estoicismo las privaciones a las que se ve sometida a causa de su pobreza; Pacho, un joven sin oportunidades, cuyo único futuro parece ser el de convertirse en un criminal dispuesto a hacer cualquier cosa para sobrevivir en una sociedad en la que parece no haber ocasión para el ascenso social o político; El Diablo, la encarnación del machismo, en la que la figura del hombre se erige como indolente, capaz de los mayores actos de violencia contra la mujer, a la que ve como un objeto que se desecha después de su uso; y Mariena, el espejo de las adolescentes que no ven otro camino que el de entregarse a un hombre que les brinde unos precarios medios de subsistencia, aun a sabiendas de que su futuro será el ser abandonadas, y por tanto condenadas a la degradación para permitir su supervivencia y la de sus hijos.

María del Carmen Bobes añade, que aunque se dé predominio a alguna de las categorías en la novela, las otras siguen estando presentes, si bien es a partir de la categoría dominante que se concreta todo el universo simbólico que la obra quiere dar a conocer: "Las cuatro categorías están en todos los relatos [...] y se implican entre sí y todas pueden actuar en simultaneidad como elementos organizativos" (Bobes, 1998, págs. 141-142).

El espacio en el que se desarrolla *La Rebelión de las Ratas* es Timbalí, pueblo minero que no pertenece a nadie, al que todos llegan por el afán de lucro,

con la esperanza de ganarse la vida o simplemente sobrevivir. Sin embargo, en la novela se hace mención de la remembranza constante del campo, como el otro lugar que evoca recuerdos nostálgicos por parecer más humano.

En *La Rebelión de las Ratas*, encontramos el viaje al que hace referencia Soto al inicio de la novela, cuando Rudecindo acompañado de su familia llega a Timbalí, dejando atrás el campo, seguramente con la certeza de encontrar un mejor porvenir para él y los suyos; sin embargo, este nuevo paraje se le presenta extraño y hostil, a tal punto que las acciones que emprende para superar su precaria condición son insuficientes al sortear las dificultades y conseguir su anhelado propósito.

La novela nos sitúa en varios espacios, y en ellos es claro el contraste que se hace de la división de clases, que se ve reflejada en las viviendas: los barrios habitados por los extranjeros que construyen sus casas al estilo de sus países y poseen todas las comodidades, mientras el barrio de los pobres carece de lo que aquellos poseen, sus calles están llenas de polvo pues no están pavimentadas como las de los ricos. Rudecindo y su familia, ni siquiera pueden acceder a una de esas casas pobres, y es el basurero el que se convertirá en su refugio, obligados a vivir como animales: el título de la novela cobra sentido, pues son las ratas las que viven en basureros y se alimentan con las sobras.

A este respecto, también se erige la mina como devoradora de vidas, y los hombres que penetran en sus entrañas como animales, ratas auscultando las profundidades de la tierra en búsqueda del material preciado que los alimentará por poco tiempo, pero que también amenaza con devorarlos a cada paso que dan. Los hombres que pierden la vida al aventurarse en los socavones, carecen de importancia para los dueños de las fábricas, y sus cadáveres solo son considerados como estorbos para continuar con la extracción del carbón; por ello, de la forma más inmisericorde los mineros se ven obligados a sacar los cuerpos de sus compañeros, acto que les recuerda que ellos mismos son desechables y molestos para una sociedad que quiere disfrutar las bellezas que ofrece la industrialización, pero ignorando las víctimas que ella misma produce.

Desde la perspectiva temporal, cabe considerar que la novela se publica en 1962, momento en el que Colombia sufre los cambios que suscita el tránsito de un medio rural a uno urbano e industrializado, y por tanto,

tiene ante sí nuevos retos y desafíos para la clase trabajadora. Asistimos en esta época a los movimientos de reivindicación de los derechos de los trabajadores, ya que siendo este un fenómeno nuevo, apenas se están consolidando los mecanismos legales para la adquisición de derechos, tales como la salud, el horario de trabajo y la huelga.

En este sentido podemos también mencionar, como referente, el triunfo de la Revolución Cubana, que influye en los países latinoamericanos, pues a partir de la crítica feroz que hace del sistema capitalista, permite la toma de conciencia de la explotación laboral que este sistema ejerce, y por tanto, impulsa a la consolidación de los sindicatos, que ya desde los años treinta se formaron en nuestro país; de igual manera, inspira el surgimiento de movimientos revolucionarios que pretenden emular el éxito de la Revolución Cubana, buscando con ello la unión de la clase trabajadora en contra de la inequidad y las injusticias de las que venían siendo víctimas.

Tenemos, entonces, el tiempo y el espacio —que se pueden denominar el cronotopo— como categorías sintácticas de la novela; haría falta aludir a las acciones y los personajes. En este sentido, es importante señalar que en el presente trabajo haremos especial énfasis en el personaje principal de la obra, Rudecindo Cristancho, quien vive un cambio permanente a través de la novela: desde el emigrado del campo que viene a la mina a buscar un mejor futuro, de tener un nombre a ser un número, hasta el hombre sumiso que acaba protagonizando una huelga; pasa de ser un producto de un sistema social a ser un elemento que lo enfrenta, y es derrotado.

Rudecindo, aunque hombre ignorante, sin educación, se nos presenta como imagen de muchos otros que como él, están dispuestos al sacrificio por conseguir suplir las necesidades básicas de sus familias. Esa disposición al sacrificio es una constante en la vida de Rudecindo, a su llegada a Timbalí trae en su mente la disposición plena de trabajar incansablemente para proporcionar a su familia los medios para sobrevivir, soporta las humillaciones a las que se ve sometido en su precario trabajo, pues está seguro de que estas hacen parte de las vejaciones que tiene que sobrellevar para que su familia no pase hambre; sin embargo, el sacrificio más grande es el de su propia vida, cuando se siente parte activa en la lucha que sus compañeros emprenden, no titubea, sino que encabeza las filas de la destrucción, pues

¿qué puede significar el sacrificio de la vida de algunos, ante el triunfo de una muchedumbre que clama por la reivindicación de sus derechos?

Llega a Timbalí decidido a trabajar en las minas que apenas conoce, pero que cree pueden proveerle un salario digno para su sustento. La sociedad capitalista nos provee la ilusión de ascenso social, los medios de comunicación nos bombardean frecuentemente invitándonos a consumir, pues los productos ofrecidos parecen estar al alcance de todos. Se nos vende la idea de que lo único que se necesita para triunfar es las ganas de hacerlo y la voluntad férrea para lograr lo que nos proponemos.

Pero es este mismo sistema el que impide que todos tengamos acceso al disfrute de los beneficios de una sociedad industrializada, pues la brecha entre ricos y pobres es cada vez más grande, y la clase baja está condenada a vivir y morir sin poder disfrutar de los avances tecnológicos, pues aunque se tenga la decisión y el coraje para trabajar, este sistema está diseñado para que los mismos sigan llenando sus bolsillos y los demás continúen trabajando por miserias.

Todas las acciones que vemos emprender a este personaje le traen como resultado lo contrario de lo que desea alcanzar, si bien es cierto que consigue trabajo, este no le proporciona los medios para su supervivencia. Tropieza de frente con un régimen económico salvaje, que utiliza a los seres humanos como piezas desechables de una maquinaria en la que su existencia es apenas perceptible, si sirve para sus fines. Esto permite hablar de la novela como una novela de denuncia en la que figuras como Rudecindo Cristancho son la ejemplificación de cientos de trabajadores explotados, con quienes Soto Aparicio muestra la inequidad de un régimen preocupado por la acumulación incesante de recursos en pocas manos.

El protagonista al inicio de la novela se nos presenta como un ser simple, resignado, sin aparente capacidad de reflexión del mundo que lo rodea, arrastrado por la necesidad a un destino que no le augura ningún triunfo, y aunque es evidente a lo largo de la novela que su situación en poco o nada mejora —pues en lugar de conseguir alguna ganancia, termina por perderlo todo, su dignidad, su familia y hasta su vida—, podemos advertir que interiormente se opera un cambio radical en la forma de concebir la vida que le

ha tocado, y por ende, se sitúa de manera consciente ante una sociedad des-humanizada de la que se siente víctima, y frente a la cual desea luchar por el reconocimiento de la dignidad de cientos de hombres, que como él, no disponen de más armas que sus puños, ni de más fuerza que su indignación.

A las seis de la mañana tuvo que marcharse al trabajo. Ya no iba con la misma felicidad de la mañana anterior. Una cólera enorme lo invadía: era el principio de la rebelión. Ahora él mismo lo reconocía. Era un hecho que se había negado anteriormente, pero que las circunstancias lo forzaban a aceptar. No estaba contento con su trabajo. Se le hacía demasiado duro. El capataz les exigía más de lo que podían dar. No les dejaba siquiera levantar la cabeza para limpiarse el sudor con el revés de la manga (Soto, 2011, pág. 105).

Las reflexiones y las actitudes que Rudecindo va desarrollando a través de la obra sorprenden al lector, quien no lo creería capaz de cuestionarse de la manera en que lo hace respecto a la situación desfavorable en la que le tocó vivir; por ello Rudecindo constituye un personaje completo, que muestra la transformación desde un espíritu conformista a uno que anhela un cambio radical en su condición de vida y la de los suyos.

En este sentido, podemos señalar el cambio de actitud que en la novela muestra Rudecindo frente a los extranjeros, dueños de las minas de Timbalí. Al llegar al pueblo tenía la completa certeza de su inferioridad respecto a los que hablaban inglés, pues estos, al tener el conocimiento que no tenían los pobres como él, se hacían merecedores de los beneficios que les otorgaba la explotación de los mineros. "Eran personas superiores a ellos, pensó luego. Tenían mayores conocimientos. En fin, hablaban inglés. Para Rudecindo, hablar inglés era tanto como tener entrada libre al cielo" (Soto, 2011, pág. 34).

A partir de esta actitud sumisa que lo embarga vemos una transformación en la forma de concebir la situación de los habitantes del pueblo, frente a la explotación a la que los someten aquellos que, venidos de otros países, se adueñan no solo de las tierras, sino de los hombres, que por derecho propio, deberían ser soberanos de los pueblos que los vieron nacer. Encontramos entonces una reflexión consciente de la desigualdad que rige la sociedad, que desprecia a los suyos para ensalzar a los usurpadores

Comparemos nuestra suerte con la de aquellos que nos explotan —continuó el hombre; no Cristancho, no el 22048, sino ese otro rebelde, grandioso, desconocido. Vemos sus mujeres bien vestidas, entregadas al ocio; veámoslos a ellos, que se ganan cien pesos por palmotearles las nalgas a las secretarias y por mirarles las piernas. Mirémonos a nosotros, enflaquecidos como perros pobres, metidos en las profundidades de las minas desafiando a la muerte por ganarnos cuatro pesos diarios, y contemplemos a nuestras mujeres, vestidas con andrajos, sucias, descalzas, trabajando como esclavas en todas partes o vendiéndose como prostitutas. ¿Por qué hemos de humillarnos ante aquellos que nos han quitado hasta nuestra dignidad de hombres? (Soto, 2011, págs. 237, 238).

En este sentido, Bobes (1998) fortalece el concepto que nos hemos hecho de Rudecindo, al presentarlo como un personaje redondo:

Se han hecho clasificaciones y tipologías de los personajes que en la orientación realista se dibujan de acuerdo con clasificaciones sociales, psicológicas, históricas, etc. Se habla de personajes reales o fantásticos, alegóricos o simbólicos: principales y secundarios; planos o redondos, de portavoces del autor, o representantes suyos en el texto, etc. Desde el estructuralismo se distingue formalmente personajes estáticos y personajes dinámicos; personajes agentes y pacientes; actantes (exigidos por la función) y anecdóticos (de los que teóricamente se podría prescindir); personajes coordinadores, informantes, etc. Foster hizo una conocida clasificación del personaje en *flat* y *round* carácter. El personaje *flat*, plano, está construido en torno a una sola idea o cualidad, el personaje *round*, redondo, se define por la complejidad y por su capacidad de sorprendernos continuamente. (pág. 148).

La narratología proporciona una serie de parámetros de descripción y análisis del personaje, en términos de su intención, de su proyecto narrativo (acciones) y de su competencia. Es claro que en una obra literaria, el personaje principal tiene una intención que lo impulsa a la consecución de un objetivo determinado, toda la obra es entonces el camino que lo llevará a la meta fijada; en este sentido, muchas novelas nos guían a través del tiempo y el espacio hacia un final exitoso, en el que el personaje revela su

competencia al enfrentar las dificultades y salir airoso, proyectando de esta manera la sensación en el lector del poder que tiene la fuerza de voluntad para imponerse siempre como triunfadora.

Pero bien es sabido que no todas las novelas terminan de este modo, y *La Rebelión de las Ratas* es un claro ejemplo de ello. En esta novela nos enfrentamos como espectadores a un final dramático, que nos recuerda que la literatura nos pone ante situaciones que, a imagen de la vida real, no necesariamente tienen un final feliz. Y que los protagonistas de esta historia no son incapaces por falta de voluntad, sino que las circunstancias en las que están inmersos superan sus capacidades, condenándolos al fracaso del proyecto que desean llevar a cabo.

Un personaje es competente cuando es capaz de alcanzar los objetivos que se ha fijado; esta afirmación podrá llevarnos a concluir apresuradamente que Rudecindo ha sido incompetente, pues es evidente que ha fracasado su sueño de conseguir un trabajo que remunerado dignamente lo lleve a vivir una vida en mejores condiciones que las que tiene; en este sentido, la teórica de la literatura Mieke Bal ofrece una explicación que nos permite entender por qué Rudecindo no logra conseguir su objetivo, sin que por ello nos parezca necesariamente incapaz.

La intención del sujeto es en sí misma insuficiente para alcanzar el objeto. Hay siempre poderes que o bien le permiten que alcance su meta, o bien se lo imposibilitan. Esta relación se puede considerar una forma de comunicación, y se puede por consiguiente, distinguir una clase de actores a la que llamaremos el dador, constituida por aquellos que apoyan al sujeto en la realización de su intención, proveen al objeto o permite que se provea.

El dador no es en la mayoría de los casos una persona, sino una abstracción: por ejemplo, la sociedad, el destino, el tiempo, el egocentrismo humano, la inteligencia.

La combinación de un rasgo de un sujeto (la ambición) y un poder social (la división entre ricos y pobres) puede dar lugar a un dador positivo y a otro negativo (Bal, 1995, págs. 35, 36).

Podemos comprender de esta manera que Rudecindo no logra lo que se propone por incapacidad, sino que las condiciones en las que se encuentra no le permiten salir victorioso en esta historia. Una sociedad estrictamente dividida entre poseedores y desposeídos interviene para que los trabajadores de las minas en Timbalí nunca puedan alcanzar el bienestar económico suficiente para tener unas condiciones dignas de vida.

En este sistema se encarnan innumerables dadores negativos: el capaz de la mina, quien aunque de la misma raza de los hombres pobres, se empeña en maltratarlos por ganarse la simpatía de los extranjeros y unos pocos centavos de más; los "místeres" y los "musiús", personificaciones de un sistema capitalista, que explotan inmisericordemente los recursos de un país subdesarrollado, y con él los habitantes desprotegidos que se tienen que conformar con las migajas que produce una industria multimillonaria, que se adueña de las ganancias a expensas del hambre y la miseria de muchos; El Diablo, que abusa de las mujeres pobres obligándolas a prostituirse para sobrevivir, y que no tiene reparo en llevarse a Mariena del hogar paterno que Rudecindo a toda costa quería mantener unido.

Así, pues, Rudecindo, que llega a Timbalí con la ilusión de encontrar un oficio que, a la par le permitiera sobrevivir y lo dignificara como persona, se encuentra con una barrera infranqueable que lo deshumaniza:

Un obrero era solo una ficha. Él por ejemplo, desde el día anterior no era Rudecindo Cristancho. Tenía un distintivo escrito en una plancha de metal, dorado con números negros: 22048. Eso era él, pensó con desesperación. Una placa, una cifra; un elemento tan importante a lo sumo, como una pala. Pero su condición de ser humano, de hombre con problemas, con ilusiones, ¿en dónde quedaba? Escondida detrás de las paredes rotas del albergue deparado milagrosamente por la suerte, porque al salir de allí él no era una persona sino una máquina. (Soto, 2011, pág. 93).

Las ilusiones que Rudecindo albergara en su corazón al llegar a Timbalí, poco a poco van desdibujándose al encontrarse con una realidad que va borrando los sueños que lo impulsaron a abandonar su antigua vida, en busca de una mejor

¿Y la felicidad? Cuando abandonó los últimos rincones cultivados lo guiaba la ambición de riquezas. Iba tras la dicha. La buscaba con ansias como a una cosa venida de la gloria especialmente para él. Compañía Carbonera de Oriente, Timbalí... Aquello sonaba a dinero. Escuchaba casi el rítmico tintineo de las monedas. Allí estaba el porvenir, se había dicho el primer día. Pero nada. Todas las ilusiones fueron esfumándose, hasta que terminaron por convertirse en nubecillas insignificantes, que ya ni siquiera miraba. La felicidad no existía. (Soto, 2011, pág. 134).

El siguiente es un esquema que pretende ilustrar las relaciones entre el personaje principal de la novela, el objetivo que desea alcanzar y los dadores positivos o negativos, que bien le permiten la obtención del objetivo o, por el contrario, se oponen a esta labor:

Tabla 1. Relaciones entre el personaje principal, el objetivo y los dadores positivos o negativos

PERSONAJE	OBJETIVO	DADOR
Rudecindo Cristancho	Mantener a su familia unida	El Diablo (negativo)
	Conseguir una vivienda para su familia	Cándida (positivo)
	Encontrar un trabajo digno que le permita obtener el sustento para su familia	El sistema capitalista encarnado en los extranjeros (negativo)
	Ser tratado con respeto y dignidad	El capataz de la mina (negativo)
	Expresar su inconformidad con la situación en la que vive	Paco Espinel (positivo)
	Luchar en contra de la opresión de la que es víctima él y sus compañeros	Trabajadores de las minas (positivo)
	Vencer en su lucha contra el régimen injusto que explota a los trabajadores	Las fuerzas armadas del Estado (negativo)

Fuente: Elaboración propia de la autora.

Mieke Bal plantea que los actores tienen una intención: aspiran a un objetivo.

Esa intención es el logro de algo agradable o favorable, o la huida de algo desagradable o desfavorable. Los verbos desear o tener indican esta relación teleológica y por ello se usan como abstracciones de las conexiones intencionales entre elementos. (Bal, 1995, pág. 35).

Rudecindo se nos presenta al inicio de la novela como un nombre vacío, al leer su descripción física y emocional se puede apreciar la falta de fuerza y decisión que lo embarga. Es un hombre sin muchas aspiraciones, sin ninguna clase de instrucción, educado escasamente por los sermones de los sacerdotes en la Iglesia, en la resignación y el sacrificio constante, su intención al llegar a Timbalí parece dudosa, casi inconsciente, apenas se puede vislumbrar a partir de lo que el narrador nos dice de él:

Tal vez el mismo Rudecindo no supo de dónde había llegado, ni a qué, quizá lo empujó el vértigo. Ese que llevó al valle a tantos hombres, a tantas mujeres, a tantos niños. Todos con la ilusión de una riqueza fácil, de un jornal suficiente; todos con el anhelo de vivir mejor, de dar un vuelco a la monotonía de su tránsito por el mundo. Esto los guiaba al progreso creciente de Timbalí. Una ansiedad oculta, a veces manifiesta, pero siempre existente, por cambiar de vida, por mejorar, por tener con qué comprar un traje nuevo, una silla, una mesa. Lo que en síntesis constituye la felicidad material, conforme la conciben muchos. Esa felicidad material, esa satisfacción de los sentidos: agua para el sediento, pan para el hambriento, ropa para el desnudo, cama blanda para el fatigado, consuelo para el afligido... todos corriendo tras la felicidad. Y esta siempre esquiva, inasible, porque detrás de cada sueño realizado hay otro por realizar. (Soto, 2011, pág. 8).

Al llegar a Timbalí, sus sueños eran modestos: conseguir un trabajo y con su sueldo alquilar una casita donde poder vivir pobremente con su esposa y sus tres hijos; se sintió contento al emplearse en la mina porque pensó que su jornal alcanzaría a suplir las necesidades de su familia, pues el pago parecía suficiente para evitar que el hambre aquejara a sus seres queridos y para comprar algo de ropa.

Había logrado su empeño: trabajar en la Compañía Carbonera del Oriente. Allí estaba el porvenir; allí la estabilidad económica; allí el dinero que, lentamente ahorrado, podía invertirse en negocios lucrativos. Le había contado Pastora, a quien debió decírselo Cándida, que Joseto, cuando llegó a Timbalí, era un obrero que ganaba dos pesos diarios trabajando en las minas. Y ahora, ¡había que verlo! Su tienda, una de las mejores del barrio; y dinero suficiente para prestarles a los amigos, siempre y cuando le dieran una garantía de importancia. (Soto, 2011, pág. 71).

Sin embargo, Timbalí se convierte en el lugar que refleja las contradicciones de un sistema económico en el que los dueños de las grandes empresas se lucran a expensas del trabajo mal remunerado de los empleados. Las personas poco instruidas, en países subdesarrollados, solo cuentan con el trabajo físico que pueden realizar, y en un país en el que el Estado se preocupa por garantizar los medios básicos de subsistencia para sus ciudadanos, debería bastar para suplir las necesidades de cada familia; pero en esta clase de sistema, ni siquiera las demandas más austeras de los ciudadanos consiguen ser suplidas, ya que las arcas de los ricos no pueden menguar, y por tanto, es imposible permitirse pagar un salario digno que asegure a los trabajadores rasos, el acceso a la salud, la educación, el vestido o la vivienda en condiciones dignas.

Al corroborar, en su diario vivir, que nada de lo que se había imaginado se haría realidad, Rudecindo se irá haciendo cada vez más consciente de su situación. Observa a su alrededor las injusticias que se cometen en contra de todos sus compañeros, hombres como él carentes de las condiciones mínimas que exige una vida digna de ser vivida.

Ante este panorama, comienza a aflorar en su corazón, aparte del miedo, su compañero permanente, el odio por aquellos que creyéndose superiores a los hombres desposeídos los humillan y explotan obligándolos a trabajar en condiciones inhumanas; este sentimiento de odio se convertirá en el caldo de cultivo que engendrará la rebelión que deseaba, y que nunca, hasta ese momento, se hubiera permitido pensar. "Se había negado a reconocer la cólera que despertaba en su corazón y que había disfrazado de resignación y miedo, empezaba a reconocer en sí mismo el ansia de destrucción, se acababa su paciencia" (Soto, 2011, pág. 104).

En Rudecindo comienzan a aflorar sentimientos de odio y rencor, al tomar conciencia de la forma en la que son tratados los trabajadores, que solo quieren conseguir unas reivindicaciones mínimas, que les permitan vivir como los seres humanos con derechos que son; compara su desesperada situación con la de los extranjeros, quienes devengan grandes cantidades de dinero y descaradamente se adueñan de las tierras que no les pertenecen, los lujos de sus mansiones con todas las comodidades, mientras él tiene que refugiarse con su familia en el basurero, ganando unos cuantos pesos al mes. La novela describe la manera en la que los países desarrollados se adjudican para sí el derecho de extraer los recursos de los países pobres, la idea del destino manifiesto: parece que los extranjeros sienten que tienen toda la potestad para intervenir en los asuntos propios de los países del tercer mundo por carecer estos de capacidad para gobernarse a sí mismos de manera autónoma. La crítica de Soto Aparicio se dirige contra aquellos que se adueñan de lo que no es suyo, y más severamente contra los que permiten, desde sus instancias gubernamentales, que se despoje a la población que debería actuar como dueña y señora de sus propios recursos.

Pero eran los técnicos, los seres superiores venidos de otros países, de otros centros más avanzados. Sí, y allí estaban, viviendo en las suntuosas construcciones de la parte elegante del poblado, con su Casino, con todo el aire de su tierra... sintió cólera. Aquello no era justo. Quienes más trabajaban debían ganar más. O que no se hiciera tan notoria la diferencia. (Soto, 2011, pág. 150).

En contraste, el protagonista hace una evocación constante de su vida en el campo, al que siente más humano, frente a la mina que despoja al hombre de su humanidad para convertirlo en gusano, en una rata, es decir, en una bestia, un animal cuya vida no importa. Al pensar en sus compañeros muertos en un accidente debido a las precarias condiciones de seguridad en las minas, se cuestiona la indiferencia por parte de los patrones que no se molestaron en iniciar la tarea de búsqueda y rescate de los posibles sobrevivientes.

Pensó con nostalgia en el campo. Era más acogedor, más humano. Allá él era un ser con necesidades, con angustias, con problemas que podía consultar a sus vecinos. Esperaba algo, un consuelo, una ayu-

da. Pero allí solo era parte de la enorme maquinaria que impulsaba la Compañía Carbonera del Oriente. Nadie se preocupaba por saber si su esposa estaba enferma, si estaba su hijo en la cárcel..., lo evocó intensamente, con alegría y tristeza a un tiempo. El campo... sin embargo, en Timbalí estaba el porvenir. Soportaría todos los sufrimientos para llegar a la meta propuesta. (Soto, 2011, págs. 181-182).

Rudecindo reconoce en sus compañeros a hombres, que como él, carecen de educación, pero comienza a entender que no todos poseen su resignación; encuentra en algunos de ellos el coraje suficiente para pelear en contra del sistema que los oprime, aunque ello signifique la misma muerte. Admira a su amigo Paco Espinel por su capacidad de decir la verdad y actuar sin miedo, Espinel encarnaba el hombre que él no era y quisiera llegar a ser, en sus palabras se podía leer la sabiduría popular del hombre que ha sufrido, pero no por ello se resigna ante las dificultades que sufre, ofrece esperanza a los hombres y los impulsa a luchar de manera pacífica para encontrar la reivindicación de sus derechos a partir de los mecanismos legales que les puede ofrecer la formación de un sindicato de obreros y la presión, que como grupo, pueden ejercer a partir de la huelga:

Espinel descendió de la mesa. De un solo sorbo vació el contenido de la botella. Muchas manos acudieron a estrechar la suya. Muchas bocas lo felicitaron. Era un hombre que sabía expresarse, que no tenía miedo de nada, debían seguirlo, acatar sus órdenes. Estaban dispuestos a todo: a soportar el hambre, las privaciones..., para que la huelga fuera un éxito, para que de esos dolores momentáneos surgiera un porvenir nuevo ya radiante para todos ellos. (Soto, 2011, pág. 231).

Rudecindo Cristancho, al final de sus días, se ve invadido por el deseo de venganza, la violencia llena su mente, pensamientos que antes jamás se le habrían pasado por la cabeza ahora son inherentes a su ser: desea robar, golpear, matar a quienes consideraba los causantes de su desgracia. Deja de negar sus instintos y se entrega a ellos, embriagado no solo por el alcohol sino por su destino, ese que cree siempre ha estado en su contra y lo ha llevado a deambular por el mundo sin un momento de felicidad, se permite reflexionar y reconocer los sentimientos que comienzan a aflorar en su corazón:

En cambio ¿qué hacía allí, sentado a toda hora delante de su rancho, pensando en prenderle candela a los edificios de los extranjeros, con deseos de matar a míster Brown, de sacarle la lengua al capataz para cortársela poco a poco, de escupirle al alcalde cara de pájaro de mal agüero? ¿Qué hacía recordando los redondos senos de Cándida, su manera de sentarse, su cabellera suelta, sus manos suaves, la dimensión de la risa sobre sus labios? (Soto, 2011, pág. 275).

El personaje se construye en el discurso con datos que van apareciendo en forma discontinua, y que proceden de tres fuentes principales:

1. Los informes que el narrador da sobre su personaje.
2. El mismo personaje que presentado con un nombre, generalmente vacío, de valor denotativo, va llenándose de contenido mediante sus acciones, sus palabras y sus relaciones.
3. Lo que otros personajes dicen de él, y la forma en que se relacionan con él. Sólo al final del relato el lector dispone de todos los datos que dibujan al personaje, y sólo al final puede darlo por acabado, puesto que mientras está en el texto puede cambiar, y con frecuencia es precisamente el desenlace lo que da coherencia y sentido común a todos los motivos del relato. (Bobes, 1998, pág. 156).

Como lo expresa Bobes, Rudecindo al inicio de la novela se nos muestra como un hombre despojado, con un pasado al que apenas accede por medio de vagos recuerdos, es un personaje del que poco se podría esperar, pero a lo largo de la trama irá llenándose de energía para terminar convirtiéndose en un ser completamente diferente, que a partir de sus vivencias, tomará consciencia del poder que posee al lado de sus compañeros, que lo llevan hasta las últimas consecuencias con tal de conseguir el ideal de justicia que se ha ido construyendo en su mente a lo largo de su paso por Timbalí.

En términos de la intención, que podría definirse como aquello hacia lo que tiende el personaje de manera consciente o inconsciente, el siguiente párrafo nos da una pista de la evolución que el personaje va a experimentar a través del tiempo (cuyo lapso en el caso de la novela no excede los diecinueve días).

En las primeras páginas de la novela podría decirse que la apariencia física del protagonista corresponde fielmente con su disposición intelectual:

Entre los hombres atraídos por el vértigo llegó una mañana de tibio verano Rudecindo Cristancho. Era alto, delgado, de apariencia débil; la espalda inclinada siempre; los ojos bajos; la boca cerrada herméticamente; con las palabras justas para medio hacerse entender; las manos grandes, nervudas, descarnadas; largas y magras las piernas; Esto en lo físico. Y en lo intelectual, resignado hasta el sacrificio; pero no por heroísmo, sino por ignorancia. No supo nunca quiénes fueron sus padres, ni le interesó averiguarlo. Sus recuerdos arrancaban de una época muy remota: trabajaba en una finca como mandadero, y soportaba los latigazos del dueño cada vez que no cumplía cabalmente sus deberes. Quizá desde entonces le nació esa resignación fatal, completa, terrible, ya que su alma había sido cruelmente deformada por la vida misma. Después de este periodo doloroso se encontraba trabajando como mecánico en un taller, en una ciudad lejana, ya esfumada en la memoria. Y luego Pastora... era su esposa. La conoció en el campo, en donde estaba colocado como jornalero, ganando sesenta centavos diarios. (Soto, 2011, pág. 6).

El lector de la novela no esperaría que este hombre, "resignado hasta el sacrificio", termine como protagonista de una revuelta en la que los obreros de las minas están dispuestos a dar su vida para conseguir la justicia para un pueblo oprimido. El Rudecindo de las primeras páginas en nada se parece al de las páginas finales de la obra:

Rudecindo Cristancho, el 22048, iba también entre ellos, en la primera fila. Llevaba, como únicas armas, sus manos callosas de minero; como bandera, su voz que reclamaba por lo que legalmente le correspondía; como antorcha sus ojos que brillaban, poseídos por la fiebre de una determinación irrevocable. Allí estaba él en medio del tumulto (Soto, 2011, pág. 327).

EL TIEMPO COMO CATEGORÍA EN "LA REBELIÓN DE LAS RATAS"

Como se mencionó anteriormente, entre las categorías sintácticas de la novela se encuentra el tiempo, que no se puede concebir independientemente de un espacio y en relación a unos personajes.

Encontramos que *La Rebelión de las Ratas* está organizada en forma de diario, empezando con la fecha febrero 10, sábado y terminando en febrero 29, jueves. En este sentido, los acontecimientos están organizados en forma cronológica.

Los diecinueve días en los que se desarrolla toda la trama de la novela, podrían parecer pocos para la cantidad de acontecimientos que ocurren, pero debemos recordar que a la par del tiempo cronológico en el que está organizada la obra, encontramos referencias constantes al pasado de Rudecindo; es decir que a partir de la analepsis³ el narrador da mayor fuerza a los aspectos de la vida de Rudecindo, que explicarían la situación actual que le tocó vivir.

En menos de un mes se opera en la vida de Rudecindo un cambio dramático, en este sentido es importante señalar la diferencia entre crisis y desarrollo, planteada por Mieke Bal al referirse al tiempo como categoría sintáctica:

Una primera y muy global distinción podría realizarse entre crisis y desarrollo: el primer término indica un corto espacio de tiempo en el que se han condensado los acontecimientos; el segundo, un periodo mayor que presenta un desarrollo.

³ En su obra, *Seis paseos por los bosques narrativos*, Umberto Eco hace referencia a la analepsis y prolepsis en los siguientes términos: "el mecanismo fundamental de Sylvie está basado en una continua alternancia de miradas hacia atrás y miradas hacia adelante (es decir, de estos dos movimientos narrativos que Genette ha llamado analepsis y prolepsis). Cuando se nos cuenta una historia que se refiere a un tiempo narrativo 1 (el tiempo que se narra, que puede ser hace dos horas o hace mil años), tanto el narrador (en primera o tercera persona) como los personajes pueden referirse a algo que aconteció antes del tiempo que se narra. O puede aludir a algo que, en el tiempo de la narración, debe suceder aun, y que es anticipado" (Eco, 1996, pp. 39, 40).

En sí mismas ninguna de estas dos formas tiene claras ventajas sobre la otra. Se ha dicho a veces que un desarrollo será más realista, más acorde con la "vida real". Ello parece dudoso por decir poco. En la realidad también se presentan momentos de crisis, momentos durante los cuales, en un breve instante, toma un giro decisivo la vida de personas o de toda una nación (Bal, 1995, pág. 46).

Podría hablarse de crisis en la vida de Rudecindo, ya que su desesperada situación lo lleva a despertar y tomar posición frente a la forma de vida que está soportando. En un par de semanas vislumbra lo que toda una vida le fue velado; seguramente su vida anterior no fue más prospera, pero en Timbalí se encuentra con el desarraigo total que lo enfrenta ante la deshumanización abyecta que convierte al hombre en un animal, capaz de la violencia más inimaginable en su lucha por la supervivencia.

A partir de los recuerdos que se nos muestran en la novela, podemos intuir la vida de Rudecindo antes de la llegada a Timbalí, un hombre de cuya infancia y padres las referencias son pocas, nacido en una familia pobre, en un pueblo probablemente abandonado por el Estado; su educación fue mínima, pues solamente sabe contar hasta cincuenta, formado por el sentido común que impone las creencias de los adultos, que continúan con la tradición sin cuestionarse por qué se actúa de tal o cual manera, cumpliendo con el rol que a cada uno le viene impuesto desde su nacimiento.

Sus vagos recuerdos hablan de un hombre trabajador, que no cuestiona su papel en la sociedad, vive sin pasión y sin emoción se enamora, se casa y conforma una familia a la que ama sin violencia, como algo natural que le es dado a él, como a cualquier otro hombre, podría decirse que es arrastrado por la rutina que nos viene dada apenas empezamos a vivir.

Esas son sus vivencias durante los aproximadamente cuarenta años con los que cuenta, pero su llegada a Timbalí y las penurias a las que se ve enfrentado servirán de catalizador para el despertar de su conciencia y ver las cosas como nunca antes; los diecinueve días que Rudecindo habita en Timbalí son los días en que realmente vive, pues sus cuarenta años anteriores fueron solamente la sombra de una sociedad egocéntrica que impide a sus ciudadanos el libre ejercicio de sus potencialidades. Jaime Arbey Atehortúa plantea que según la teoría abductiva,

La interpretación consiste en hacer que un lector haga una conjetura acerca de la intención de un texto y el posible acto ilocucionario de su autor. El juego de palabras "hacer que un lector haga" nos sitúa en la intención (de un escrito) de producir un lector modelo resultado de la conjetura de un lector empírico-capaz de formular hipótesis sobre el texto y sobre su autor modelo (Atehortúa, 2015, págs. 76-77).

De esta forma, Rudecindo se nos presenta en un primer momento como uno más de tantos hombres que llegan al valle atraídos por el vértigo, es decir, por ese sentimiento que nos impele a actuar a veces de manera impulsiva, teniendo en mente la realización de los sueños que hemos proyectado.

A partir de esta información podemos abducir⁴ que a causa de una situación desafortunada, que puede traducirse en una condición económica precaria que no le permitía conseguir los medios necesarios para sostener a su familia, el personaje se ve obligado a abandonar la vida simple que llevaba en el campo, para enfrentarse a un lugar desconocido, sin más medios que su propia persona e ignorando por completo la suerte que le depararía aquel lugar.

Todas las situaciones que son narradas en la novela toman sentido cuando acudimos a la categoría de tiempo para entender la organización del relato, ya que aunque cronológicamente cuenta unos acontecimientos, el narrador acude frecuentemente a referencias pasadas, a través de las cuales el lector puede hacerse una idea global de la vida de los personajes presentados en la obra.

De igual manera, podemos mencionar las alusiones que el autor hace a un futuro que empieza a vislumbrarse a partir de las acciones presentes en el relato. Tal es el caso de las reflexiones que encontramos en Mariena, hija de Rudecindo, que hace toda una disertación acerca de lo que será su futuro con El Diablo, que ya proyecta en su mente como un desafortunado deambular por las calles, con un hijo abandonado, y no quedándole otro remedio que prostituirse para conseguir un pedazo de pan.

⁴ "La abducción es el método de lectura que permite sopesar la creatividad y la imaginación con un trabajo minucioso y riguroso de recolección de momentos que posibiliten la identificación, formulación, argumentación, verificación y aplicación de posibles sentidos de un fenómeno" (Atehortúa, 2015, p. 30).

En el mismo sentido, observamos las referencias que se hacen de Pachó, que el narrador nos presenta como un futuro bandido, dedicado al hampa, pues ¿qué otro porvenir puede tener un niño de once años que ya ha robado y ha estado en la cárcel por los actos violentos que ha cometido?

En la novela se plantean tres tipos de tiempo, el pasado, al que el personaje principal acude constantemente como remembranza nostálgica, donde la frase “todo pasado fue mejor” parece para él cobrar sentido; el presente, es decir la actualidad en la que van ocurriendo los acontecimientos que empeoran constantemente; y el futuro, que aunque los trabajadores vislumbran con esperanza a partir de la formación del sindicato, va tomando tintes oscuros que inevitablemente desembocarán en tragedia.

Para Rudecindo ninguno de estos tiempos es favorable, pues aunque anhela su vida en el campo, es evidente que este no le brindó los medios suficientes para radicarse de manera definitiva en él, y en Timbalí se enfrenta a una situación aún más precaria, que no parece resolverse, de manera que el futuro que se avecina se proyecta todavía más incierto y dificultoso.

Soto Aparicio recurre constantemente a lo que Eco presenta como analepsis y prolepsis, para brindar al lector una mirada holística de lo que ocurre en Timbalí y en términos generales en una sociedad asediada por el egoísmo y el afán de lucro.

“LA REBELIÓN DE LAS RATAS”, NOVELA CON COMPROMISO SOCIAL

La novela como género literario nos permite aproximarnos a mundos ficcionales, que aunque no nos acercan a la realidad de la manera como lo hace la investigación histórica, sí nos brindan elementos para reflexionar acerca de situaciones a las que nos vemos enfrentados cotidianamente.

De este modo, la novela y la literatura en general, puede utilizar los recursos que le son propios, no solo para crear mundos imaginarios, sino también para denunciar problemas concretos de la sociedad, como la pobreza y la explotación laboral. Así, la novela se convierte en la voz de los que no la tienen, porque se les ha callado y obligado a vivir bajo la sombra de los poderosos.

Ahora bien, el uso de literatura como instrumento de denuncia social no es algo nuevo, ya en la España del siglo XIX, muchos novelistas hicieron de sus obras instrumentos para denunciar las graves condiciones de vida de cientos de obreros, utilizados como engranajes de la gran industria moderna. Rafael Sartre Ibarreche, ilustra la manera en que la novela del siglo XIX nos acerca a las cuestiones propias del ser humano que sufre:

Utilizar la literatura como medio de aproximación a los orígenes y desarrollo de los conflictos industriales y campesinos, al asociacionismo obrero, a las condiciones sociales y laborales en que se gestaron las normas del trabajo supondría, en suma, acercarnos a un momento histórico y político a través, no del tradicional y más científico recurso a las fuentes o testimonios documentales, sino valiéndonos de una vía alternativa llena de elementos sorprendentes: la de la ficción literaria encarnada en el género novelesco. (Sartre, 2009, pág. 1).

En el contexto colombiano, si bien mucho se ha escrito acerca del proceso de modernización, que algunos sociólogos e historiadores han señalado "como el momento en el que el sistema económico capitalista se arraiga en Colombia y con él, el imaginario de 'hombre moderno', asociado con el progreso económico y técnico" (Marín, 2010, pág. 187), no muchos escritores, habían hecho uso de la literatura para exponer las consecuencias de este fenómeno como lo hace Fernando Soto Aparicio.

La historia que cuenta *La Rebelión de las Ratas*, nos invita a indagar sobre las injusticias que tienen que padecer los personajes, que atrapados en una sociedad tremendamente inequitativa, sufren toda clase de discriminación. Bien sabemos que Timbalí no es un pueblo que tenga un lugar geográfico determinado y que Rudecindo Cristancho y su familia no son personajes históricos, pero la novela encierra en sí misma una verdad que es universal: el sufrimiento de miles de familias que no tiene acceso a los recursos para satisfacer las necesidades básicas de una vida digna. A este respecto es ilustrativo lo que plantea Umberto Eco:

La regla fundamental para abordar un texto narrativo es que el lector acepte, tácitamente, un pacto ficcional con el autor, lo que Coleridge llamaba la "suspensión de la incredulidad". El lector tiene que saber que lo que se le cuenta es una historia imaginaria, sin por ello pensar que el autor está diciendo una mentira. (Eco, 1996, pág. 85).

Si bien, la función del texto narrativo no es hacer una copia exacta de la realidad, la obra se pone en escena para convidarnos a reconocer en ella ciertos elementos que como seres humanos nos unen, y que encuentran su mejor forma de expresión en la literatura. Marta Nussbaum (1995) lo expresa así: "ciertas verdades de la vida humana solo pueden afirmarse en forma justa y con precisión en el lenguaje y en las formas que son propias del artista narrador" (pág. 45). El lenguaje de la literatura es un lenguaje universal, que nos conecta con nuestra historia y evita que nos distanciamos, traspasa fronteras y nos conecta con el pasado de nuestros pueblos; Marín (2010) lo manifiesta en los siguientes términos: "La manera de no 'renunciar a sí mismo' es a través de los diversos modos de transculturación que elaboran los latinoamericanos, especialmente los novelistas" (Marín, , pág. 187).

La Rebelión de las Ratas, publicada en 1962, nos ubica en un contexto determinado, el auge de la industrialización y el apogeo de las empresas multinacionales en los países latinoamericanos, con el objetivo de extraer los recursos naturales, en este caso el carbón, y de esta manera lucrarse a expensas de la explotación laboral de los obreros de las minas. Se trata pues de una novela con un evidente compromiso social, pues aunque los personajes y sus historias, son producto de la ficción literaria, la realidad que describe: la explotación, la miseria y la falta de oportunidades, son algo real para miles de personas, pues ya en la época en que Soto Aparicio escribe esta novela, miles de personas trabajaban en profundos y oscuros socavones de minas de carbón, arriesgando sus vidas por unos cuantos pesos, que no alcanzan para satisfacer las necesidades básicas de ellos y sus familias. La denuncia que hace la novela es contundente.

Además, la obra de Soto Aparicio, pone en evidencia la falta de compromiso social por parte de las instituciones centrales, que en lugar de dar amparo a los habitantes de Timbalí, les dan la espalda y se ponen del lado de los explotadores, tal es el caso de la Iglesia, que invita al pueblo a soportar con resignación todas las vejaciones que en contra de él se cometen, prometiendo un más allá bienaventurado, en el que conseguirán lo que les es negado en esta vida. Por su parte el Estado, encarnado en la figuras del alcalde y la fuerza Pública, son presentados por el novelista como instituciones corruptas, al servicio de los poderosos, representados en la novela por los extranjeros. Los funcionarios de la alcaldía, no hacen nada por ayu-

dar a la población, ya que se limitan a sacar provecho de las migajas que caen de la mesa de los extranjeros. Así mismo, la fuerza pública, encargada de garantizar la seguridad de los habitantes, no duda en tomar partido a favor de los explotadores y en contra del pueblo, cuando estos últimos se levantan, sentando su voz de protesta ante tanta injusticia y desigualdad.

De este modo, con personajes ficticios y de manera simbólica, Fernando Soto Aparicio, expone los males de la sociedad colombiana de su tiempo, no solo se trata de los extranjeros que explotan a nuestros obreros hasta la muerte, sino también las instituciones que nos orientan y nos gobiernan. De manera magistral, el narrador sirviéndose de la literatura, pone en evidencia la dramática situación social del país, con lo cual demuestra una gran sensibilidad y un conocimiento certero de la realidad.

En este aspecto, la *Rebelión de las ratas*, se sitúa en lo que algunos analistas han denominado un giro de la literatura colombiana, que en los años sesenta del siglo xx, abandonó la lógica que había dominado hasta entonces de congraciarse con los partidos tradicionales, para adoptar una perspectiva más cercana a la realidad social del país. Acerca de este punto Marín (2015), señala:

La narrativa colombiana, por la cercanía de los letrados al campo político y religioso, siempre había cumplido una función social que la ataba a la búsqueda de fidelidad en la representación literaria de la realidad. Aunque esta búsqueda se mantiene en la novela de las décadas de 1930 a 1950, emerge una nueva actitud ante esa realidad y su función social ya no es congraciarse con partidos o con grupos de élite, sino con la sociedad, en general. (pág. 19).

Podemos concluir entonces, que *La Rebelión de las Ratas* es una obra literaria comprometida con las causas sociales, que logra articular personajes, espacios y acciones, de tal suerte que hacen tangible para el lector los padecimientos y angustias que sufren los personajes. De este modo el lector es invitado a tomar partido frente a la problemática social puesta en escena, pues como certeramente lo señaló Eagleton (1983), "para que la literatura suceda, la importancia del lector es tan vital como la del autor" (pág. 95).

Finalmente, conviene destacar que *La Rebelión de las Ratas*, como obra literaria, en evidente sintonía con la realidad social de la época, logra crear narrativas que le permiten al lector apreciar las diversas causas de la problemática escenificada, tal y como lo indica Villegas (2013), cuando afirma: "(...) es necesario que el género de la novela cree espacios narratológicos suficientes como para que las múltiples y dialogantes genealogías del conflicto puedan ser articuladas de manera simultánea" (pág. 85).

A MANERA DE CONCLUSIÓN

La narratología brinda elementos para elaborar un análisis detallado de una obra literaria, en este caso se hizo el análisis sintáctico del personaje principal de la novela *La Rebelión de las Ratas*, Rudecindo Cristancho, pues a partir de los informes que el narrador da de él y de sus acciones a través de la obra, podemos comprender los puntos de vista de la sociedad en la que se desenvuelve, y los conflictos que trae consigo la instauración de un régimen económico excluyente, que utiliza la vida de los obreros de Timbalí para obtener ganancias ilimitadas a partir de los recursos de un país subdesarrollado.

Rudecindo es tomado en este análisis como elemento que da cohesión a las demás categorías de tiempo, espacio y acciones, y articula las visiones y creencias de la sociedad, encarnadas en los roles que desempeñan los demás personajes de la novela.

Al finalizar *La Rebelión de las Ratas*, reconocemos en Rudecindo un personaje completo, que ha transitado por las calles de Timbalí tomando conciencia de su papel en él, y que llenándose de decisión se atreve a enfrentarse al estado actual de cosas, con el anhelo de cambiar su miserable condición de vida y la de todos sus compañeros, hombres que como él, se merecen una oportunidad de ascenso social a través de su trabajo.

Por último, reconocemos la función social que cumple esta novela, ya que en ella encontramos una denuncia constante al capitalismo que en manos de extranjeros se adueñan de la patria que nos pertenece, condenando a sus habitantes a morir en las condiciones más indignas, pues al parecer, para este sistema los habitantes de este pueblo no son seres humanos sino ratas.

Lo que hicimos en este artículo fue mostrar a través de los personajes de la novela, en especial de Rudecindo, la crisis en la que se ve sumida una sociedad que a partir de un sistema económico egoísta sume en la desesperanza a los que en ella se ven sometidos y explotados, que mediante el método de análisis sintáctico, nos permitió corroborar nuestra hipótesis de que en la novela el narrador hace una denuncia de las precarias condiciones de vida a las que son sometidos los habitantes de países pobres, por parte de empresas multinacionales que explotan los recursos, no solo naturales, sino las vidas de los trabajadores, lo que permite extraer las consecuencias como el olvido de la dignidad humana, y la posición poco ética de las empresas que ven al ser humano como un engranaje desechable de la gran maquinaria propia de la industrialización; queda abierto el camino para continuar haciendo posteriores trabajos en referencia a conceptos como progreso y civilización, expuestos en la novela, que permitan hacer una crítica a una sociedad capitalista que olvida el ser para ensalzar el tener.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Atehortúa, J. (2015). *Aproximación pragmatolingüística al análisis literario, hacia un modelo de interpretación desde la teoría abductiva*. Rionegro, Colombia: Fondo Editorial Universidad Católica de Oriente.

Bal, M. (1995). *Teoría de la narrativa (una introducción a la narratología)*. Madrid: Cátedra.

Bauman, Z. (2007). *Identidad*. Buenos Aires: Losada.

Bobes, M. (1998). *La novela. Teoría de la literatura comparada*. Madrid: Síntesis.

Eagleton, T. (1988). *Una introducción a la teoría literaria*. México: Fondo de Cultura Económica.

Eco, U. (1996). *Seis paseos por los bosques narrativos*. Barcelona: Lumen.

Marín Colorado, P. (2010). Modernidad en Colombia: propuesta histórico-metodológica para el establecimiento del campo de la novela colombiana. *Estudios de literatura colombiana* (27). 179-196.

Marín Colorado, P. (2015). La novela colombiana ante la historia y la crítica literarias (1934-1975). *Estudios de literatura colombiana* (36). 13-35.

Nussbaum, M. (1995). Introducción: forma y contenido, filosofía y literatura. *Estudios de filosofía* (11). 43-106.

Páez Escobar, G. (2011). El hombre en la obra de Soto Aparicio. (17 de octubre de 2011). Recuperado de <http://www.gustavopaezescobar.com>

Páez Escobar, G. (2015). El atardecer de Soto Aparicio. *El Espectador*. (11 de diciembre de 2015). Recuperado de <http://www.elespectador.com>

Sartre Ibarreche, R. (2009). La cuestión social en el espejo literario proletariado urbano y novela realista española del xix. *Revista de derecho social*, (46), 227-245.

Soto Aparicio, F. (2011). *La Rebelión de las Ratas*. Bogotá: Panamericana.

Soto Aparicio, F. (2008). Memorias de la memoria, Ensayo del Maestro Fernando Soto Aparicio. *Revista Educación y Desarrollo Social*, II (1). 183-189.

Villegas Restrepo, J. (2014). Aproximación ético-genérica a la novela en Colombia: dialogismo y memoria histórica en Delirio de Laura Restrepo. *Estudios de literatura colombiana*, (34). 81-97.